

LAS aguas cinematográficas, siempre ansiosas de ser removidas por algún oleaje, llegaron a alcanzar, el pasado verano, casi la categoría de una tempestad con el film de Ken Russell, «The Devils». La polémica rebasó en seguida el plano de la pura crítica, digamos técnica, y, como era de esperar, se instaló en el plano de los juicios morales, religiosos o históricos. No era, ciertamente, la primera vez que el proceso de Urbano Grandier y los acontecimientos de las endemoniadas de Loudun se llevaban al cine o al teatro (1), pero el film de Russell, al evocar mucho más sus propios demonios y los demonios, sobre todo, eróticos de nuestro tiempo que los de Loudun, se convertía inmediatamente en motivo de fricción intelectual y sentimental. El film cae, además, del lado del gran espectáculo y la superproducción, y el escándalo previsible estalló abundantemente. Oídas las dos partes, es decir, reflexionando sobre las críticas que se le han hecho a Russell desde aquellos planos y la defensa de éste, que ha sido muy inteligente por cierto, se llega a la conclusión de que se trata de un film planteado seguramente con honestidad —no hay nada que nos permita deducir, por ejemplo, como se ha dicho, que el católico Russell haya querido cubrir de vergüenza a su Iglesia o burlarse de la fe—, pero sobre el que han pesado después distintas hipotesas: el uso de un cierto reclamo morboso, una concesión complaciente al erotismo barroco y sofisticado, una cierta voluntad de



LOS DEMONIOS DE LOUDUN Y LOS NUESTROS

JOSE JIMENEZ LOZANO

asombrar más que de discernir, un manejo de la historia un tanto alegre, etcétera. Pero, sobre todo, es innegable que el film olvida o no subraya con la energía suficiente lo que, sin embargo, luego Russell ha subrayado en sus entrevistas y lo que en realidad constituye el trasfondo real del drama de Loudun: el aspecto político y el epistemológico, esto es, la instrumentalización de la fe, de la Iglesia, de la ciencia, de la enfermedad, de la sexualidad y de pasiones humanas muy viles, como la envidia y el odio, por parte de un poder político absoluto, por un lado, y, por el otro, un talante precientífico de seguridad, tanto en el plano del puro conocimiento del mundo y del hombre como en el plano de la fe: Dios y demonio se convierten en objetos de experimentación y reafirman o desmienten las distintas posiciones filosóficas, políticas y religiosas, según las necesidades de la causa.

Aldous Huxley, en su libro «Los

demonios de Loudun», que sirvió, de modo genérico, al guión de este film, estudió muy bien estos dos extremos, el primero de ellos sobre todo, y el aspecto místico por lo que se refiere al segundo extremo, y ahora este libro, que ha sido traducido por vez primera en España, es de suponer que haya excitado a muchos lectores a interesarse por esta página de la historia de Francia y de la Iglesia católica, sobre la que todavía estamos muy lejos de haber dicho la última palabra y que no puede menos de dejar de interesarnos, por cuanto aquella historia y aquellos demonios son todavía los nuestros, y quizá conjurando a aquellos nos libremos de éstos.

Una bibliografía esencial

Dejando de lado, naturalmente, las piezas manuscritas del proceso y los documentos autógrafos relacionados con él —en la Biblioteca Nacional de París se guarda

incluso el pacto de Grandier con los diablos, muchas veces reproducido en facsímil en las historias de la brujería o de la magia— hay una serie de libros capitales para el estudio de esta cuestión.

«La bruja», de Michelet, dedica un corto capítulo a este asunto, pero el libro es genial —digan lo que digan los historiadores técnicos a la moda—, y dicho capítulo se beneficia de ello, hasta el punto de que Michelet se hace perdonar incluso sus tendenciosos juicios anticlericales. «Soeur Jeanne des Anges, supérieure des ursulines de Loudun, autobiographie d'une historique possédée», de los doctores Gabriel Legué y Gilles de la Tourette, discípulos de Charcot, es un libro muy polémico, que tuvo el mérito de introducir en perspectiva histórica este tema de las endemoniadas de Loudun (la primera edición es de 1886) y que ha condicionado no poco la visión de los hechos después, a pesar de que, como es obvio, la noción de histeria de estos doctores es absolutamente prefreudiana y sus categorías de la enfermedad mental, totalmente insostenibles hoy. Sin embargo, la misma versión del film de Russell obedece todavía a esta perspectiva de «represión sexual» biológico-mecanicista, que crea un «furor uterino» y fantasmas erótico-religiosos. Hasta un punto que Russell, en sus entrevistas, ha defendido lo más indefendible del protagonista de todo este asunto, Urbano Grandier: su supuesta condición de abanderado contra el celibato eclesiástico y su justificación naturalista y sacral o «teológica», a la vez, del disfrute del cuerpo.

El doctor Jean Lhermite, en su obra «Mystiques et faux mystiques», París, 1952, ha valorado muy distintamente los hechos tanto desde el punto de vista médico cuanto desde el punto de vista de inserción de un posible fenómeno teopático en un organismo enfermo, y el doctor Alain D'Assailly ha estudiado recientemente la personalidad de la priora madre María de los Angeles desde un punto de vista médico y psicoanalítico, y el afloramiento de la tremenda infancia y juventud de la monja nos ilumina ahora, como pocas cosas, los acontecimientos de Loudun sin el simplismo erótico-psicologista que hasta ahora ha prevalecido, como desde el punto de vista histórico han prevalecido por mucho tiempo las páginas del pastor Aubin, publicadas en 1693, y que como era de esperar de un tiempo de luchas religiosas, son un monumento a la parcialidad.

El libro de Aldous Huxley es un verdadero prodigio. Con una relativamente escasa información histórica y documental está todo él lleno de análisis agudísimos y

(1) Ken Russell mismo ha contado que el primer contacto personal con este «affaire» de Loudun le llegó a través del drama sobre el tema de John Witting. El director de cine polaco Kawalerowicz ha hecho también una gran película sobre el asunto, «Madre María de los Angeles», basada sobre la novela del mismo nombre de G. Lisowski. Este film, que arranca de la llegada de Surin a Loudun, es decir, cuando los acontecimientos toman un sesgo de seriedad trágica —el drama de Witting se acababa con la muerte de Grandier—, reduce casi a mero espectáculo de entretenimiento al film de Russell. Es un prodigio de análisis de las situaciones espirituales, pero también del contexto socio-político y aun económico —el hambre de las ursulinas de Loudun, que en balde demandan ayuda, mucho antes de los desagradables acontecimientos de la posesión—, que es capital en este asunto, como queda dicho.

Nueve años después de esta obra de Kawalerowicz, Penderecki estrena una ópera de gran belleza sobre el mismo asunto, y en 1970, madame Marcelle-Maurette rueda otra película, «La Possédée», sobre la monja de Loudun a la que hace morir en la hoguera. Madame Marcelle-Maurette traspone así, artísticamente, la realidad histórica, simbolizando en esa hoguera todo el sufrimiento de esta monja, debido en su mayor parte, si no en su totalidad, a su condición femenina, a su sexo, a la biología que determina su destino y que, tras el film de Russell, vemos que sigue marcando su memoria.

LOS DEMONIOS DE LOUDUN Y LOS NUESTROS

de intuiciones que la historiografía posterior sólo ha hecho que venir a confirmar. Pero las páginas sobre la personalidad del padre Surin se revelan mucho más fecundas si se sitúan junto a las escritas por Michel de Certeau, en su edición de la «Correspondencia» del místico jesuita, y «La Possession de Loudun», de este mismo autor (Edit. Julliard. París, 1970), es realmente un libro exhaustivo sobre el tema, con un finísimo análisis de la información histórica, la sociedad de la época, sus creencias filosóficas, su estructura mental, su vivencias, sus alucinaciones, sus demonios y la dinámica entera del momento, que hizo posible este discurso demoníaco de Loudun, que desembocó en una hoguera y en muchas locuras. Y mención aparte se debe hacer para las lucidísimas páginas dedicadas a este tema en el estudio de Leszek Kolakowski, «Chrétiens sans Eglise. La conscience religieuse et le lien confessionnel au XVII^e siècle», París, 1965.

Los títulos, que podrían añadirse con carácter erudito, serían muchos más, pero el fenómeno a estudiar es tan complejo que cualquiera que esté interesado por él se verá obligado a consultar los libros que señalo por lo menos.

Los hechos

Urbano Grandier, el párroco de San Pedro de la ciudad de Loudun, que estuvo en el centro de todo este asunto, fue quemado vivo el 18 de agosto de 1634, y los sucesos de los endemoniamentos transcurrieron varios meses atrás, pero puede decirse que todo comenzó dieciséis años antes, en los primeros días de 1618, cuando en la misma ciudad tuvo lugar una procesión solemne, y al comienzo de ella, que partía de la parroquia de la Santa Cruz, el canónigo Urbano Grandier disputó la presidencia de la misma al obispo de Luzón. En el plano de la pura casuística canónica, el cura Grandier tenía razón, pero, desde el punto de vista de la cortesía y la obsequiosidad hacia un obispo, muy por encima del cura en la gradación eclesiástica, aquello resultaba un insulto, porque venció el cura en la disputa, y si ese obispo tenía una especial psicología y, sobre todo, llegara a tener una especialísima carrera política, el error cometido era mayúsculo. El obispo se llamaba Jean Armand du Plessis du Richelieu, e investido del cardenalato y de la confianza absoluta del Rey Luis XIII, se convirtió, solamente unos años después, en el dueño de Francia. Ya era, en esa época en que Grandier le humilló, el brazo derecho de Concini y el favorito de la Reina, aunque entonces estaba alejado de la Corte y Grandier no ignoraba su personalidad, pero, sin duda —y

ese fue un rasgo fundamental de su carácter—, experimentó un gran placer en humillarle y en desafiarle, como lo experimentaría un poco más tarde, en desafiar a medio Loudun con sus éxitos donjuanescos o su oratoria y sus interminables y habilísimas maniobras jurídico-políticas.

Loudun era, en la época, una ciudad de unos 16.000 habitantes, con una minoría católica y una mayoría calvinista, y conservaba las fortalezas oportunas para su defensa militar, lo que no agradaba nada al poder central, que pensaba en una posible resistencia o rebelión contra su absolutismo. La sociedad de Loudun estaba, como la de todas las otras ciudades, fuertemente estratificada, y el tono de la vida política y religiosa lo daban la pequeña nobleza y la alta burguesía. La calma provinciana hacía enervante cualquier acontecimiento, y estos acontecimientos, ya fueran éxitos profesionales o de carrera o aventuras amorosas, tenían en seguida una peligrosa proclividad política y religiosa: católicos enfrentados contra calvinistas y al revés —aunque de momento existía una tolerancia de hecho o algo así como una pausa en la sangrienta lucha—; cardenalistas o partidarios de Richelieu frente a enemigos de éste; regulares contra seculares, que se disputan la clientela parroquial y los éxitos

de conversión o de exorcismos, etcétera. El clima moral es hipócrita y puritano, y el aburrimiento extiende sus alas sobre la ciudad como un ángel negro: las conversaciones de rebótica o de mentidero, la maledicencia, la envidia y las pomposas festividades religiosas y los sermones, sobre todo, funcionan como espectáculos y deportes favoritos.

A esta ciudad llega, como párroco de la iglesia de San Pedro del Mercado, Urbano Grandier. Era un hombre alto y delgado, el rostro bien lleno y cuidado, pero al que daban impresión ovalada y un poco mefistofélica el bigote y la perilla. Iba siempre en hábito talar, limpiísimo y casi coqueto, y la elegancia de sus movimientos y de sus gestos y su delicadeza personal eran exquisitas. Tenía una bella voz y hablaba maravillosamente. En sus aventuras amorosas de talante moral más bajo se expresó siempre en términos de lo que, con un galicismo conceptual, podríamos llamar «galantería espiritual», y sus sermones eran piezas literarias y retóricas de extraordinaria eficacia sentimental, aunque, como siempre que esto ocurre, como Kierkegaard se ha encargado de demostrar, distan mucho de ser palabras de hondura y peso cristianos. Su sermón fúnebre en memoria de Escévola de Santa Marta, presidente y te-

sorero general de Francia en Poitiers, que murió en 1623, a los ochenta y siete años, fue editado, tres años después, en París, y nos revela en el predicador al hombre inteligente y mundano que fue.

Había nacido en Bouere, unos veintitrés años antes, y era el mayor de seis hermanos: cuatro varones, de los que tres fueron sacerdotes —Urbano, Francisco y Juan—, y dos mujeres. Su hermano Renato fue consejero en el Tribunal de Poitiers y una de sus hermanas se casó. La otra, Francisca, vivió con su madre en el presbiterio de Loudun, y su hermano Francisco fue coadjutor de Urbano en la misma ciudad. A los diez años, Urbano Grandier pasó a vivir con su tío, Claudio Grandier, canónigo en Saintes, y luego entró en el colegio de la Magdalena, de los jesuitas de Burdeos. Se ordenó de sacerdote a los veinte años, y fue recomendado por los jesuitas de Burdeos a los de Poitiers, que fueron quienes le adjudicaron el beneficio de San Pedro del Mercado y la canongía de Santa Cruz, en Loudun.

En Loudun fue recibido con cierta hostilidad, como un advenedizo, pero su encanto personal, su oratoria, su talento, su defensa de las libertades de la ciudad frente al centralismo e incluso sus aventuras amorosas, en una época muy indulgente, por un lado, con esta clase de debilidades

Magdalena de Brou y la madre María de los Angeles, priora de las ursulinas de Loudun. Magdalena de Brou estaba casada en secreto con Urbano Grandier, que incluso llegó a escribir un tratado «teológico-histórico» para decidirla al matrimonio.



humanas, y muy corrompida e hipócrita por el otro, le valieron en seguida un gran ascendiente. Tan grande como las envidias que iban a seguir y que el propio Grandier, orgulloso, retador y libertino, convertiría en mortales enemistades, porque esto mismo es lo que hizo con los amigos de la primera hora.

Con Felipe Trincant, por ejemplo, fiscal de la ciudad, a cuya hija, Philippe, sedujo y dejó embarazada. Con Moussat, el marido que en seguida se dio a Philippe y que se prestó a dar su nombre al bastardo. Con el boticario Adam y el cirujano Maunoury, de cuyas pócimas y remedios se rio Grandier públicamente durante una epidemia, poniendo de relieve su absoluta inutilidad y su carestía. Con el canónigo Mignon, sobrino de Trincant, y en general con todos los «cardenalistas» y con los frailes, a quienes había desposeído de fieles asiduos, y luego con todo un pueblo, tan fácil de cambiar siempre de opinión. Pero, sobre todo, la enemistad que iba a canalizar todas las demás hasta el drama fue la de la priora de las ursulinas, madre María de los Angeles.

La figura de esta mujer es infinitamente más compleja que la de Grandier, y sobre ella, los juicios de la Historia, de la literatura y del arte han sido mucho más severos y seguramente más injustos. Y, sin embargo, pocas cosas hay tan claras como la de que esta pobre monja fue mucho más un puro instrumento que una protagonista consciente de los tremendos sucesos de Loudun.

Jeanne de Belzier, hija del barón de Cozes, había nacido en Saintonge, el 2 de febrero de 1602. Era una muchachita de pequeña estatura y cuerpo frágil y delicado, que además sufrió, antes de llegar a la adolescencia, un tremendo accidente que le dislocó la espalda y afectó a sus riñones. La escoliosis traumática que resultó determinaría, en gran parte, su vida futura. Por lo pronto, estuvo sometida a un gran choque psicológico al verse obligada a disimular tal defecto y al recibir constantes advertencias y castigos, sobre todo por parte de su madre, que no parece haberla amado mucho, al contrario del padre. En medio de una pequeña tropa de 18 hermanos y hermanas, ella era «el animalito» que había que ocultar, o bien «el portento» que había que exhibir, porque pronto mostró una gran inteligencia y una memoria prodigiosa —a los diez años se sabía el salterio entero en latín—, y cuando a los cuatro o cinco años se la envió a la abadía de Saintes, con una tía suya, se convirtió en el centro de todas las atenciones y admiraciones, lo que la compensaba de su minusvalía física. A los quince la volvemos a encon-



Jeanne de Belzier (madre María de los Angeles) sufrió desde niña una escoliosis traumática que le dislocó la espalda y que la marcaría de por vida. Jeanne jugaría un papel importante en la caída de Grandier.

trar en su casa, y entonces atraviesa por dos duras pruebas, que terminan de marcarla: primero, se la viste peor que a sus hermanas y se la oculta a causa de su pequeña estatura y su deformidad; segundo, el candidato a marido de Jeanne es rechazado por su madre, que a través de su propia experiencia matrimonial, señalada por los constantes embarazos, teme quizá por la vida de la hija. O quizá es simplemente que el candidato no la llena. Jeanne pide apoyo al padre en su favor, pero éste claudica ante el juicio de su mujer. El candidato rechazado, y quizá prendado de Jeanne, que a pesar de todo debió de tener siempre una extraña fascinación, va a ocultar su amargura a los jesuitas. Pero si por un momento se piensa también en el claustro para Jeanne, la madre duda igualmente de que éste sea su lugar, y entonces busca otro novio para su hija, pero según su esquema personal y sin contar con los gustos de la pequeña, y ésta le rechaza y decide entrar en las ursulinas de Poitiers: «En parte por "boutade" y en parte por persuasión y razones humanas», escribe ella misma en una carta de 1643.

En el convento da en seguida muestras de ciertas fantasías y morbosidades cuando se dedica a curar a ciertos enfermos llenos de pústulas y deformidades y, sobre todo, de esa «extraña plasticidad» de su personalidad anatómica y fisiológica de que habla Certeau. En las perturbaciones vertebro-medulares se han observado frecuentemente manifestaciones de un cierto «mediunismo», pero, además, la diagnosis

de histeria, en el caso de Juana de los Angeles, parece indiscutible: la tensión interna en que vive sólo aguardará para exteriorizarse una ocasión propicia que la vuelva interesante y centro de atención y alabanza o compasión. Cuando llega a Loudun como priora del recién fundado convento de ursulinas, pone todo su cuidado en ganarse la simpatía de la comunidad, pero también la de los visitantes del claustro, y se atiborra de libros para «aparecer como una "fille d'esprit" y de buena conversación». La oración se le hacía larga y penosa, el aburrimiento la quemaba, y la interesaban mucho más las cuestiones políticas —entre sus subordinadas había nada menos que una sobrina de Su Eminencia el cardenal Richelieu, y eso la hacía interesarse en las intrigas de la Corte— y los comadros de la ciudad. ¿Y de qué hablaba la ciudad entera? Del admirable o detestable Grandier, de su seducción para con las mujeres y de su inteligencia y buena oratoria, de su encanto personal o de su perversidad. Lo último que había ocurrido en este aspecto era su matrimonio secreto con Magdalena de Brou. Para decidirla a él, había escrito todo un tratado «teológico-histórico» contra el celibato eclesiástico, en el que trataba de demostrar que un eclesiástico, a pesar de sus votos, puede casarse. El «Tratado» estaba inspirado por la pasión carnal, y toda la argumentación teológica e histórica tendía a justificar este fin. Una noche, en la iglesia desierta, había actuado a la vez de contrayente y de sacerdote. Pero quizá todas estas cosas eran

solamente habladurías de sus enemigos; la única realidad era que el personaje resultaba atrayente a pesar de todo eso o por eso mismo, y la superiora de las ursulinas quiso hacerle confesor de la casa, porque, entre todos los notables de Loudun, era él el único que no frecuentaba aquel locutorio.

Pero Grandier se negó, y las ursulinas adoptaron como confesor a aquel abate Mignon, sobrino de Trincant y enemigo jurado de Grandier, y así se unió el hambre con las ganas de comer, porque Jeanne des Anges había quedado ulcerada con la negativa de Grandier, y el fantasma de éste rondaba en sus sueños erótico-venegativos, si es que no fue el propio abate Mignon el que los inspiró, porque, por lo menos, parece que fue él quien fabricó la historia de que Grandier había lanzado, en el jardín del convento, una rama de rosal encantada y con virtudes afrodisíacas, con el propósito de seducir a toda la comunidad, y fue él también el primero en proponer una explicación demoníaca a esta historia y a los sueños de la priora. Así comenzaron los exorcismos, que pretendían sacar los siete diablos que había en el cuerpo de la priora, y el fenómeno tomó en seguida una amplitud desmesurada. De repente, el diablo podía ser utilizado para dar un espectáculo, ridículo y trágico a la vez, lujurioso y atrayente, que podía ser explotado hasta desde el punto de vista turístico, pero también para que los católicos apoyasen su odio contra los calvinistas o hiciesen la prueba de la existencia de Dios contra los ateos, y en seguida para reafirmar el omnímodo poder de Su Eminencia, que tenía buenos motivos para sentirse a gusto con la víctima escogida, no solamente por aquella afrenta de la procesión de que hablaba al principio, sino porque Grandier era presentado, además, como el redactor de algunos panfletos políticos contra él. Jean Martin de Laubardemont, un magistrado enviado a Loudun para liquidar los fuertes que había todavía en pie en la ciudad, decidió entonces aprovecharse de estos endemoniamentos, y desde este instante los exorcismos solamente fueron una pieza más en el repugnante proceso político que se montó contra el cura galante y orgulloso. En esos exorcismos se realizaban las piruetas más atrevidas, como en un «strip-tease avant la lettre», y hasta se blasfemó, pero jamás se dijo nada contra Su Majestad ni Su Eminencia; por el contrario, los diablos testificaron o negaron cuanto se les pidió. El arzobispo de Burdeos se indignó contra un tal espectáculo, del que el honor y la seriedad de la fe cristiana y la Iglesia sólo podían salir malpa-

rados, pero nada pudo hacer. Grandier fue horriblemente torturado y su enemigo, el cirujano Maunoury, le hincó las agujas repetidas veces en el cuerpo en busca de una marca indolora y, por eso, demoníaca. Cuando se le hizo subir a la hoguera para ser quemado vivo, hubo que sostenerle, porque sus piernas estaban deshechas por los cepos y las cuñas metidas entre la madera de éstos y la carne. Su madre y sus hermanos recorrieron todas las instancias de apelación y de misericordia en balde. Murió cristianamente de todos modos, y llegó a aceptar todo aquel horror como expiación de sus pecados (2), pero, tras su muerte, sus cenizas fueron esparcidas. El proceso se había iniciado un mes y diez días antes, pero ahora era la verdadera hora de los demonios.

Los exorcismos continuarán, pero en un tono de seriedad religiosa muy distinto. El padre Surin, uno de los nuevos exorcistas, aparecerá él mismo preso de una obsesión demoníaca. En mayo de 1638, cuatro años después que Grandier, murió uno de los exorcistas que intervinieron en el proceso, al padre Tranquille, y murió loco. El 18 de septiembre morirá otro exorcista, el sacerdote que, hasta el último instante, se mostró hostil a Grandier, el padre Lactancio, y morirá presa de un terrible delirio, que también ataca luego al cirujano Maunoury y al subteniente Luis Chauvet. Pero Juana de los Angeles conocerá el triunfo: milagros, curaciones, paseo victorioso por diversas ciudades hasta París, donde es venerada como una santa por Su Majestad, Su Eminencia y, naturalmente, por los obispos y parlamentarios que desean estar a bien con Su Majestad y Su Eminencia, pero incluso por gentes de buena fe. Pero para ella llegará también la hora de la purificación y de la humildad y el desenmascaramiento, y verá muy clara su pobre vida y hasta su condición de juguete de su propia sensualidad y sus deseos de llamar la atención y de juguete en manos de los demás. Morirá, a los sesenta y tres años, en los ardores de una tremenda fiebre ocasionada por una neumonía y luego de haber pasado varios meses inmovilizada en

(2) Grandier, desde la propia hoguera, dijo a uno de los presentes, que le pidió perdón para él y para todos los que habían preparado su muerte: «Amigo mío, te perdono de tan buen corazón como creo firmemente que mi Dios me perdonará y me recibirá, hoy mismo, en el paraíso», y Bouillou, en una carta a Gassendi, cuenta que, en la misma hoguera, «confesó que había sido hombre y había amado a las mujeres, pero que después de su sentencia de Poitiers (el 3 de enero de 1630, recaída por sus faltas a la disciplina eclesíastica) se había retirado y no había escandalizado a nadie, y negó, como se dice, que fuera brujo o mago o que hubiera cometido sacrilegios».



En mayo de 1638, cuatro años después de que el padre Grandier fuera quemado vivo, murió loco el padre Tranquille, uno de los exorcistas que estuvieron en el proceso.

LOS DEMONIOS DE LOUDUN Y LOS NUESTROS

la cama de resultas de una hemiplejía del lado derecho. Sus cenizas no fueron aventadas como las de Grandier, pero su memoria sigue sufriendo una terrible pasión, incluso en la encarnación que de ella hace Vanessa Redgrave en el film de Russell.

Una página de la Historia de la Humanidad

Porque ha sido siempre muy fácil presentar este asunto de los endemoniados de Loudun como una frenesía onírica, una sinfonía erótico-religiosa, una página escandalosa de la historia de la Iglesia, como «el diablo en los conventos» de que hablaba Michelet, y el tema no podía menos de ser abordado en una sensibilidad cultural como la de hoy, de tipo alejandrino, en busca de excitantes para un tipo de vida tecnificada y descolorida, en la que Dios y diablos están muertos, el amor se ha convertido en técnica y la esperanza o la búsqueda de algún valor absoluto se ha tornado pura irrisión. En este mundo tecnificado y racionalizado, lo que los filósofos de la contracultura llaman «el lado lunático del hombre», es decir, su hambre de religiosidad —una cuestión de fe no entra aquí para nada—, de poesía y de acercamiento a los seres y a la madre Tierra surge violentamente, y ahí está «el retorno de los brujos», el interés por lo irracional y lo maravilloso o lo desmesurado y pintoresco. Desde los horóscopos de los periódicos a los libros sobre brujas y demonios, los clubs de Satanás o los films sobre psicosis, locura o supersticiones y endemoniados o magia, se ha puesto en marcha un complot contra la razón o una evasión de una razón cuya verdad nos resulta intolerable. Y, naturalmente, la historia de la vieja Iglesia católica ofrece páginas suculentas que, además, no precisan que la imaginación invente nada respecto a montaje en

escena, sobre todo si esas páginas, como ésta de Loudun, pertenecen al barroco. Es como si nuestra época, que se ha tornado imaginaria y patológicamente secular o patológicamente desconfiada de toda esperanza, se hubiera vuelto también patológicamente «católica», es decir, atraída por la patología que ha habido en la historia del catolicismo. Y si de la esperanza se desconfía, como dice Jean de Beer, porque tiene nombre de mujer —Sartre dixit—, en este momento, pretendidamente promotor de la mujer, se goza con exhibirla como a mono de circo, precisamente en la noche de su humillación y de su reducción a puro sexo, que es lo que Russell hace con Juana de los Angeles y las otras monjas, y lo que ya decían los señores desocupados y corrompidos de los salones: «Tota mulier, in utero».

Las polémicas en torno a este film de Russell, sin embargo, se han equivocado radicalmente, al no hacer centro de las mismas el nudo de la cuestión, porque esos sucesos de los endemoniados de Loudun no son una página de la Iglesia y, por lo tanto, no es ésta la que queda en cuarentena. Huxley lo mostraba bien en su libro, y Russell ha sido totalmente infiel a este planteamiento.

Esa página es simplemente una página de la historia humana que vemos escribir hoy ante nuestros propios ojos, y esos demonios son los nuestros. «Desde un punto de vista histórico, es verdad, el tiempo de las posesiones diabólicas ha muerto —escribe Michel Certeau—. Y desde este punto de vista, el exorcismo historiográfico es eficaz. Pero los mecanismos que hicieron funcionar la incertidumbre de los criterios epistemológicos y sociales en Loudun y la necesidad de establecerlos se encuentran hoy frente a otros "brujos": su exclusión suministra aún, a un grupo, el medio de definirse y afirmarse».

Un discurso demoníaco que

concluyese con el aplastamiento de la resistencia al poder, se hacía, en la época del barroco, con «teologías», exorcismos y patologías conventuales, porque esa era la expresión cultural de la época en una cristiandad, pero hoy se hace con ideologías políticas o «slogans» comerciales, y en la casa de cada uno de nosotros, a través de una cierta prensa, una cierta radio y una cierta televisión. Los demonios testificaban ayer cuando los magistrados reales querían que se testificase, pero no es a un tiempo como el nuestro, que ha conocido el nazismo y los juicios de Moscú, al que van a extrañar los métodos y los criterios epistemológicos, a través de los cuales se decide que alguien o muchos están endemoniados o apesados y se precisa su eliminación. Y hoy como ayer, la razón de Estado y las ideologías políticas instrumentalizan la fe cristiana o la religión budista o musulmana; las eternas esperanzas de los miserables y el miedo de los ricos; las situaciones de angustia o de neurosis individuales o colectivas, y, por supuesto, la represión sexual a través del puritanismo, disfraz moral del autoritarismo o del erotismo del «play-boy» o comercial. Y, como ayer, el boticario Adam y el cirujano Mounoury, y todos los otros ilustres idiotas que dieron su dictamen técnico en el proceso de Grandier —un dictamen, por cierto, tanto más valioso cuanto más cercanamente instalados, desde un punto de vista geográfico, se hallaban de Loudun, exactamente como hoy seguimos hablando de científicos o escritores de primera o segunda fila con las mismas imbéciles ideas de prestigio—, hoy también, la ciencia y la técnica siguen prestando su concurso, neutro y profesional, a la construcción de campos de exterminio o de bombas atómicas.

Todos los demonios de Loudun andan sueltos entre nosotros, efectivamente, y aquella página histórica palidece ante esta realidad. Es perfectamente imbécil y alienante mostrar cabriolas eróticas y alucinantes para echar un velo sobre la criminal entidad y dinámica de un Estado absoluto, que no dudó entonces, ni dudará nunca, en montar todos los discursos demoníacos que sean precisos, ni de instrumentalizar a Dios y a los hombres y a todos los diablos para conseguir sus propósitos y aplastar la más pequeña brizna de libertad e independencia espiritual.

La Historia no puede ser convertida en cabaret o espectáculo en todo caso. De leerla con rigor y lealtad, y desde nuestra propia situación existencial, depende la dignidad misma de nuestra condición humana en este instante y nuestra lucidez sobre nuestra propia suerte. ■ J. J. L.